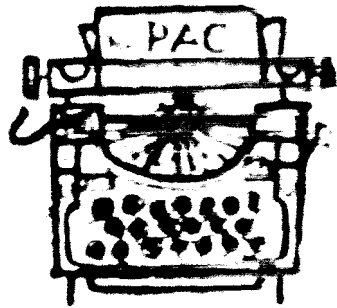


EL PENSAMIENTO NACIONAL

escrito a máquina

La Imagen de Cristo en El Nicaragüense



—¿Cuál es la imagen de Cristo que predomina en la mente de los nicaragüenses? En Cesarea de Filipo, Cristo preguntó a sus discípulos: "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?" —Como en la respuesta de los discípulos, los nicaragüenses pueden presentar muchas imágenes, pero ciertamente hay algunas que predominan y que indican, a su vez, el tipo de relación que existe entre nosotros y Cristo, como también la idea que nos hemos formado de su Persona.

Nuestra cultura religiosa está todavía profundamente influida por el comienzo de nuestra fe: un comienzo de una evangelización muy singular. España proyectó sobre América —al conquistarla— la idea medioeval de "la Cristiandad", o sea la de una unanimidad cristiana en la cual el creyente, no sólo era el miembro de una religión, sino, ante todo, el ciudadano de un país o de un imperio cristiano. De ahí que la herejía fuera considerada subversiva; de ahí también que la tarea fundamental fuera bautizar (se bautizó a todo el continente). Fue una especie de inmenso y rápido reclutamiento que dio por resultado la aparente "unanimidad" cristiana. Todos creían lo mismo, aun cuando muy pocos vivieran lo que creían.

Cuanto más rápida fuera la incorporación visible a la Iglesia, mejor. Por esto muchas etapas que antes se requerían para el ingreso a la Iglesia van a ser saltadas en la Conquista y en la Colonia, quedando, como proceso de evangelización, una prédica muy esquemática de las verdades de la fe (catecismo) y el Bautismo. (Todavía hoy el "bautismo" es el ÚNICO sacramento de la mayoría de los nicaragüenses).

De esa pastoral (conquistadora) de Cristiandad nos quedan dos interesantes características religiosas. La primera deviene del gran sentido de masa que esa pastoral tenía. Para unos pueblos de poca cultura religiosa la Iglesia hispana creó métodos de llegar a la multitud lo mismo que formas y encuadramientos masivos de gran eficacia: las procesiones, peregrinaciones, grandes actos de multitudes, devociones cíclicas, fiestas patronales, etc.). Nuestra fe, en este aspecto, tiene pues un sello procesional. Nuestra imagen de Cristo tiene mucho de imagen de procesión. El Jesús de la burrita —el Señor casi verdadero que pasa y se toca entre la multitud— es una imagen viva de Cristo en el nicaragüense. Un evangelio fugaz, entusiasta, de ramos, vivido en multitud... pero nada más.

La otra característica que marcó en el nicaragüense la pastoral de Cristiandad habría que estudiarla más a fondo. Sabemos que los primeros misioneros usaron niños y muchachos indios como intérpretes y como adoctrinadores. De hecho nuestro lenguaje religioso más familiar está matizado de expresiones infantiles: la mamá-Virgen o el "Papa-Chú" de toda la infancia nicaragüense! Esto ha ido trabajando una nota filial muy aguda en nuestra imagen de Cristo. Del "Papa-Chú" infantil se pasa a "Mi padre Jesús" que es el más general y reverente nombre que nuestro pueblo da a Cristo. ("Nuestro Padre Jesús de Popoyuapa" es una de las más populares peregrinaciones y devociones de Nicaragua). Debajo del tratamiento de "Padre" se hospeda un confiado providencialismo. En cierta ocasión y durante algún tiempo estuve recogiendo expresiones de nicaragüenses pobres referentes a Dios. Tengo algunas recogidas en esos difíciles instantes en que la vida aprieta: "Dios aprieta pero no ahoga", "No hay que oponerse a los designios de Dios", "Dios proveerá", "A mal tiempo, buena cara". "¡Si El así lo dispuso...!"

El Dios del pobre es también vengativo: "Todo se paga", "Dios tarda pero no olvida". "¡Dejalo es-

tar... Dios todo lo ve!". Y siempre providente: "El siempre es bueno". "No hay como el de Arriba, nunca nos falla". "¡Dios primero!"...

En una vela apunte este diálogo a gritos:

—"¡No quiero nada con Dios que se la lleve! ¡No quiero nada con Dios!"

—No blasfemes, Marcelina.

—¡Dejame desahogarme! ¡Si no me desahogo con El, entonces con quién?!"

Sin embargo, aunque la imagen del Padre Jesús sugiera confianza filial, la idea a veces se complica. Yo tuve un gran amigo, mandador de hacienda, hombre de grandes iras y de muchas mujeres, verdadero caudillo del trabajo, revolucionario en su tiempo, que a cualquier prédica de cura o consejo de amigo, se abría la camisa y descubría una imagen que le colgaba del cuello y señalándola, decía: "Uh! ¡No hay modo que mi Padre Jesús me joda!". Cuento la expresión porque la he oído repetirse con variantes, numerosas veces. Es un poco el "Cristo perdonador de injurias" de Rubén Darío. Y un mucho la imagen del Padre de la parábola del Hijo Pródigo.

En los ambientes urbanos —donde se ha vuelto tradición mayoritaria la "entronización" de la imagen del Corazón de Jesús en los hogares (forma también peculiar de la pastoral de Cristiandad) ha surgido, como fruto de esas imágenes, un nombre de Cristo que tiene su significado. Se le llama "El Colochón". (Es interesante observar en ella una cierta tendencia a eludir el nombre propio y directo del Señor. Eso no es campesino; es urbano. Se prefiere aplicarle un nombre cariñoso y elusivo, como ante una presencia demasiado fuerte y poderosa que hay que disimular). Decir "El Colochón" es sugerir un tipo de relación. Recuerdo que Alejandro Cuadra, siempre que su madre lo regañaba por su bohemia con el consabido "te va a castigar Dios", él contestaba "Yo tengo mi trato con el Colochón!". En su última entrevista, antes de partir al extranjero definitivo, Gabry Rivas habló de la muerte y en una frase dijo: "Yo he sido de todo en la vida. Ahora lo único que pediría es estar cerca del Colochón, aunque sé que ahí sólo van los buenos. Sin embargo, como yo he hecho cosas malas y buenas como todo el mundo, mi esperanza es que el Colochón me acepte".

El Colochón es la imagen de un Cristo paterno, providencial y manso. (Algo del Nazareno romántico, del Tata-Chú infantil mezclado con el rostro dulzón de las láminas de corazones de Jesús y un sentimentalismo pequeño-burgués). Hay allí —también— un Señor al que se espera encontrar en la muerte pero no en la vida. Un Cristo sin sacramentos —salvo el Bautismo— es decir: sin encuentro, sin choque interno, sin personal conocimiento. Una imagen vaga, diluida, que no conmueve a fondo, que no ilumina decisivamente ni aclara la existencia pero que no se borra de la esperanza.

Naturalmente que hay muchas otras imágenes de Cristo en el corazón del nicaragüense. Buscar esas imágenes, con método y sistema, debería ser la encuesta y el trabajo de los nuevos cristianos que están resembrando la fe en nuestro pueblo. Es muy importante conocer y estudiar esas imágenes. Recuerdo aquí lo que escribía Romano Guardini: "Muchas objeciones contra Cristo proceden sin duda, en último término, de que su figura no fulge en el espíritu de los creyentes ni toca de manera viva sus corazones. En realidad, para el cristiano todo depende de que la imagen del Señor viva en él con fuerza primigenia, o esté gastada y palida".

PABLO ANTONIO CUADRA